

ILLUSTRATION

NON PLUS ULTRA



SUSCRICION

Núm. 18

Año I

NÚMEROS SUELTOS

Semestre. . . 3 Ptas.
Año. 5'50 id.

Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.

ESCUDELLERS 5,7 y 9
Barcelona

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 5 Enero 1887

10 céntimos de peseta
y 15 los atrasadosDe venta en las librerías,
kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en

España

Núm. suelto 10 cént. de peseta * Núm. suelto 10 cént. de peseta

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

UN SUICIDA

Hacía dos meses que se había quedado sin ajuste, y lo que era peor, sin esperanza de conseguirlo, dado lo adelantado de la temporada; hacía una semana que la patrona le había puesto de patitas en la calle só pretexto de que le adeudaba un trimestre de pupilaje; hacía cuatro días que se habían clareado de tal manera sus pantalones, que era poco menos que un atagüe á la honestidad la franqueza con que hablaban por la boca del pingajoso desgarrón; y hacía cuarenta y nueve horas, minuto más, minuto menos, que en forma de panecillo y sardina había enterrado en su cuerpo los últimos cuatro cuartos que le quedaban de los tres reales y medio que le dió un prendero por una banda de seda bordada de perlas falsas y lentejuelas de oro con que se ataviaba nuestro héroe cada vez que salía á bailar *El turco celoso*, ó *las siete cabezas alcanforadas*.

Un hombre que en tal estado se encuentra, por filósofo que sea, ha de pensar forzosamente en el suicidio; y Pascasio Melenas que no era filósofo, ni mucho menos, despues de rascar mucho el fondo de sus bolsillos, sin obtener resultado, y de arrojar una mirada á su porvenir, decidió, con irrevocable energía, suicidarse.

La determinación estaba hecha, ¿pero cómo llevarla á cabo? He aquí el problema! Melenas no tenía un cuarto, y ni el boticario, ni el armero, ni el cordelero, habían de regalarle la estrignina, ni el revolver, ni la soga para ejecutar sus designios. Bien es verdad que podía Melenas recurrir al medio de arrojar al mar, ó de ponerse bajo las ruedas de una locomotora, pero le arredraba el pensar que así corría dos riesgos; uno, el de que un polizonte, ó un guarda-agujas sorprendiéndole sin darle tiempo de consumar su propósito, le arrojase una paliza; y otro, el de que en vez de acabar con su mísera existencia, saliese del mar, con un catarro por apéndice, ó de los rails, con una pierna hecha añicos, é incapaz de toda pirueta. Por otra parte, aguardar á que el hambre le matase, (aún cuando esta llevaba hecha ya la mitad de la faena), ó romperse el cráneo dándose de cabezadas contra una pared, era cosa demasíadamente dura y lenta, y hasta bastante brutal para un artista de tan refinado gusto como Melenas.

Mohino estaba nuestro hombre, y renegaba de su suerte, que por ser tan menguada ni le permitía el placer de matarse, cuando de repente se pegó una gran palmada sobre la nariz, como

queriendo retener en la frente una idea que de súbito le brotara, y exclamó con aire de triunfo

—Moriré con todos los honores de grande hombre, y sin que me cueste un ochavo!

Quien hubiese visto al cabo de tres meses á Melenas, de fijo no le hubiera reconocido. A las mejillas lacias y verdosas, habían sustituido unos mofletes rubicundos que envidiara más de un suizo; su vientre había adquirido una respetable redondez; la alegría chispeaba en sus ojos y cosquilleaba en sus labios en forma de sonrisa; y el traje raído había sido cambiado por otro modesto, pero nuevo y *confortable* de paño negro.

En el momento que volvemos á encontrar á Melenas, está este sentado en una mesa despaçando un plato de arroz con pollo, una tortilla, y un pastel de liebre, y rociando cada bocado con sendos tragos de vino de Burdeos.

¿Pero de dónde nace esa mutación tan repentina? preguntará el lector. Le cayó la lotería al buen Melenas? ¿Heredó á algún tío de América? ¿Se casó con alguna viuda rica?

Nada de eso. Melenas come opíparamente, porque está en capilla, y los Hermanos de la Sangre le costean la última cena.

¡Que horror! ¿Melenas en capilla? ¿Luego ese infeliz se arrojó en brazos del crimen olvidando las leyes de la moral?

No te alborotes, tímido lector, que tampoco es nada de eso. Lo que hizo Melenas fué lo siguiente. Cuando se daba á todos los diablos porque no acertaba con el medio de matarse gratis, recordó que quince días antes se había encontrado degolladas dos niñas de trece años, sin que se hubiese podido presumir todavía los móviles de este doble asesinato. «¡Ahora es la mál!» pensó Melenas, y se presentó al Juez denunciándose como autor del crimen, y declarando que el gusano del remordimiento no le permitía mantener por más tiempo oculto el terrible secreto.

Túvole al principio por loco el Juez; pero fué tal la insistencia de Melenas, supo con tal arte explicar los detalles del trágico suceso, y los motivos de lujuria que á emprenderlo le indujeron, y vinieron tan acreditados los malos informes de Melenas por la patrona que le lanzó de su casa, y por los polizontes que le habían visto rondar vagabundo por las calles, que ya que los médicos dictaminaron que Melenas estaba en su cabal juicio, ya que la torcida cara del presunto reo predisponía en contra de su moralidad, ya que la vindicta pública reclamaba diariamente con grande clamor un ejemplar casti-

go, el tribunal considerando perfectamente evacuados los informes que aconseja el art. 406 de la ley de Enjuiciamiento, dictó sentencia de muerte contra el famélico bailarín, que en el tiempo que llevaba de cárcel había restaurado con el rancho las fuerzas que perdiera su estómago cuando era ciudadano libre.

Con gran boato y numeroso acompañamiento, y en medio de inmensos espectadores que en son de fiesta acudieron de todos los ángulos de la provincia, subió Melenas al cadalso, cabiéndole el orgullo de verse dibujado en estampas, y cantado en versos, él, que cuando bailaba en el Teatro del Cisne nunca pudo lograr que su nombre figurase en los carteles. A mitad del camino estaba, cuando metiendo por debajo de la hopa la mano en el bolsillo, sacó una carta que entregó á un congregante que por allí cerca andaba, y le dijo:—«Hermano: el último favor que le pido, es que eche ahora mismo esta carta en el buzón de ahí enfrente.»

Cojió el papel el congregante, (que por señas había servido en el ejército de D. Carlos como recaudador de contribuciones durante la última guerra), y rompiendo por entre la multitud fué á cumplir el encargo de nuestro bailarín. Melenas lo vió, y sonrió.

Cinco minutos después Melenas hacía su postrera mueca en el patíbulo. Los manes de las jóvenes degolladas quedaban vengadas. La vindicta pública satisfecha. El orden social asegurado.

A la mañana siguiente el Magistrado que dictó la sentencia condenando á Melenas, leía despa- vorido las siguientes líneas: «Sr. Magistrado: Así sé yo de las niñas degolladas como V. de mi tatarabuelo. Necesitaba matarme, y no sabía con qué. Me acordé de vuestras leyes, y calculé que ellas podrían servir á mi objeto mejor que el veneno que pensaba suministrarme. No me engañé. A ellas, y á V. que tan bien ha sabido interpretarlas, debo la satisfacción de morir cómodamente, sin costarme un cuarto, y ahito de jamón en dulce que nunca en mi vida había probado, y con el orgullo de dejar mi nombre escrito en nuestros anales pátrios. Mil gracias por todo. Apresúrese á mandar, si algo se le ocurre, á su afectísimo condenado—Pascasio Melenas.»

JUDAS TADEO.

HISTORIA DE UNA PASIÓN

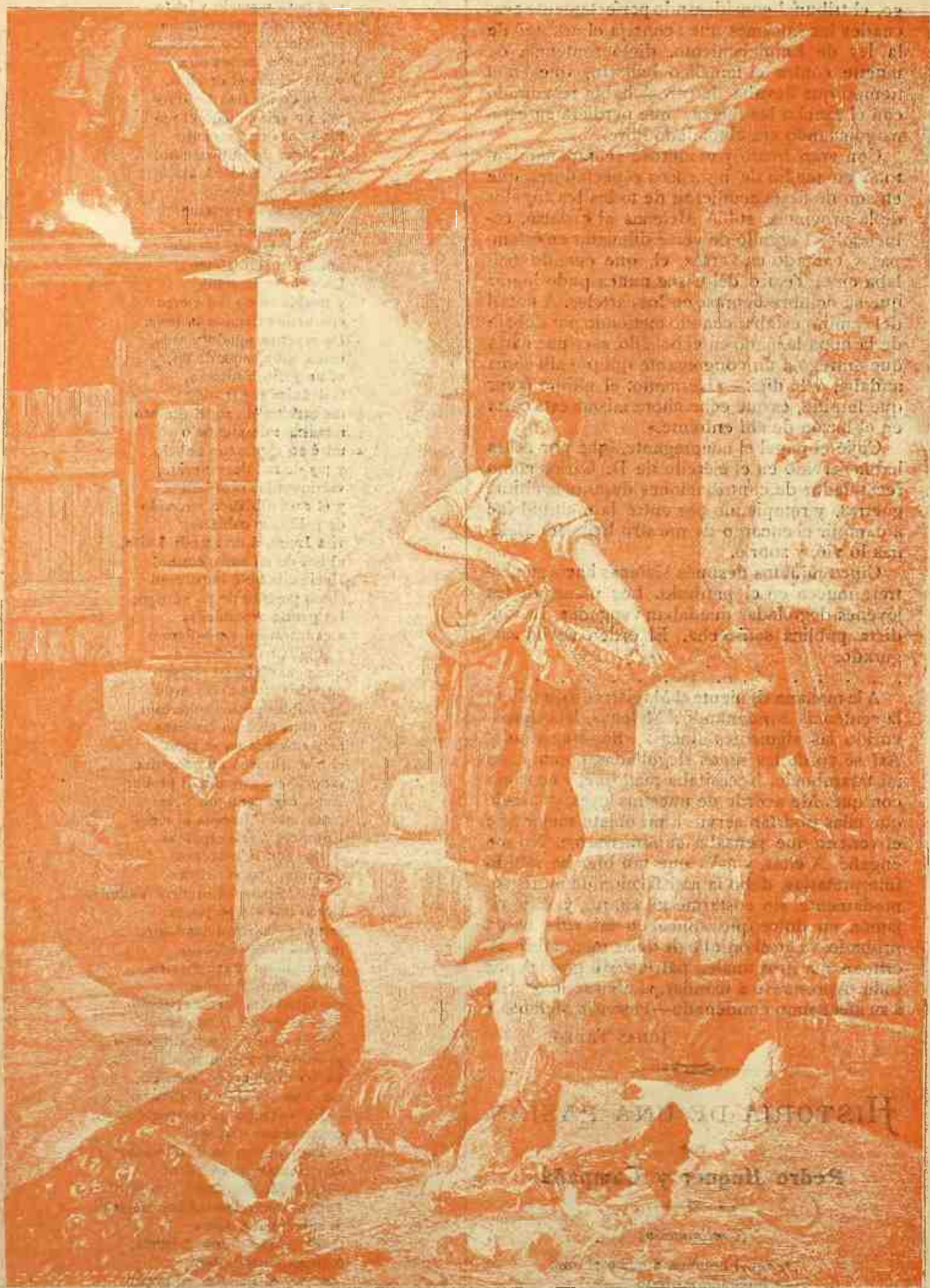
POR

Pedro Huguet y Campaña

(Continuación)

De aquel hombre, á quien el odio por ignorado misterio me indicó como causante de mi destino funesto, lánguidamente apoyada andaba en el brazo diestro, la que mía ser debiera si fueran justos los cielos. Hacía mí se iba acercando

con paso menudo y lento, y á medida que acortaba la distancia, frío horrendo el corazón me invadía, y se nublaba el cerebro. Cerré con fuerza los ojos por no verla, como el reo los aparta con espanto del lugar de su tormento. Ya de su flotante falda oía el crujir ligero: ya llegaba su perfume de mi corazón adentro: ya de su respirar blando notaba el leve aleteo... Un débil roce sentí, y temblé como del cierzo combatida tiembla la hoja. De repente, agudo y seco, cerca, muy cerca de mí, oí un grito lastimero. Galvánica convulsión me arrancó de aquel funesto marasmo: desatentado miré en torno con anhelo, y ¡ay de mí! desvanecida, vidriosos los ojos bellos, y el rostro blanco y rosado de palideces cubierto, vi á Luisa, á mi amada Luisa, al Sol de mi amor eterno! Hacia ella volé impetuoso como poseído de un vértigo: las gentes amotinadas alcanzarla me empidieron: y subida en el carruaje que aguardaba su regreso, en veloz trote arrancaron los nobles potros soberbios. En olas, cual no las tiene más amargas en su seno el mar, subió á mi garganta sangre que sobraba al pecho. Rugí, rugí como un tigre: lancé una blasfemia al cielo! Entonces á mis espaldas, que con ruín acento de mofa, una voz decía: —«Buscabais á Leandro? Vedlo!» Como una sierpe pisada se eriza, así revolviéndome, un rápido semicírculo describió mi brazo diestro, y en la faz del mofador chasqué con fuerte estrépito. ¡Qué tumulto! ¡Qué alboroto! ¡qué cólera! ¡qué improperios provocó mi acción airada! De ira el ofendido, trémulo, me dijo: —«Esta vil afrenta?...» —La sostengo, la sostengo! — contesté con arrebató. —Pues ya conoce V. el medio de mantener lo que dice. —Qué! Me propone V. un reto? Pues ahora mismo! Ahora mismo! Si cabalmente deseo tener alguien frente á frente, ó villano ó caballero, que me resista; que no huya; que me odie con odio inmenso; que dé ocasión á que explaye el furor en que me quemo, que me mate; ó me permita rasgar á trozos su pecho. Y vamos; que ya me tarda! Y vamos, que ya harto espero!»



En el corral

Y dijo
Antes
gloria
y ent
en qu
volví
Huyó
al pa
cuidé
moral
indag
de su
si viv
del ho
si acu
si á la
ó si ll
ó si á
¡Ay! c
oi pal
«No s
su es
«pero
«que
No ta
para
de ver
su ru
y á su
para
«L
«de n
Y jur
que a
si el m
yo en

Los
el p
con

Bra
se c

los

Dije esto con alegría,
tan feroz, con tan violentos
ademanos, y hasta con
tan gárrulo desconcierto,
que todos aquellos jóvenes
antes contra mí resueltos,
reprimieron su furor,
me miraron en silencio,
y después de un breve espacio,
de conferenciar muy quedo,
sin mostrar siquiera enojo
calladamente se fueron.

Y como un sueño lejano
confusamente recuerdo,
que cuanta gente curiosa
había atraído el cebo
del escándalo, dejéme
libre el paso con recelo,
murmurando: «¡Pobre chico!
está loco sin remedio!»

XVI

Y dijeron verdad. ¡Yo era un dementel
Antes lo fuí, cuando al amor pedía
gloria, venturas y placer eterno,
y entonces que el cristal de aquella dicha
en que tanto creía, roto miraba,
volvía en furia mi locura antigua.
Huyó de mí el reposo, y la prudencia
al par me abandonó. Con ansia viva
cuidé saber el domicilio en donde
moraba Luisa, y procuré noticias
indagar de su próspera fortuna,
de su salud, de sus costumbres íntimas,
si vivía feliz, si enamorada
del hombre que usurpóme sus caricias,
si acudía al estruendo de las fiestas,
si á la pompa del lujo se rendía,
ó si lloraba eternamente á solas,
ó si á las gentes se mostraba esquiva.
¡Ay! de su suerte á cuantos preguntara
oí palabras por mi daño dichas.
«No sale,—me dijeron,—casi nunca:
»su esposo con amor la cuida y mimas;
»pero ella está muy pálida, y parece
»que una secreta enfermedad la mina.»
No tanto yo necesitaba entonces
para encenderme en ansias desmedidas
de verla, hablarla, baldonar airado
su ruin perjurio, mi dolor decirla,
y á sus piés derramar toda mi sangre
para dar un calmante á sus fatigas.
«¡Llora por mí, si lloras!» esto me dije;
«de mi presencia Luisa necesita.»
Y juré por los cielos soberanos,
que aún á riesgo de mi alma y de mi vida,
si el mundo se opusiera, y el infierno,
yo en su morada, audaz, penetraría.

(Se continuará)

BALADA

Los vientos bramaban, las nieves herían;
el pobre lloraba, los ricos dormían:
era noche: sonaron las once:
como un alma que al duelo se humana,
lloró la campana
y jera de bronce!

Bramaban los vientos, herían las nieves:
se oían lamentos y súplicas breves:
¡ni una puerta giró sobre el gongel!
los que reposaban en cálidos lechos
tenían los pechos
más duros que el bronce!

EPIGRAMA

Para motejar á Juan
cierto millonario necio,
díjole con gran desprecio:
—«¡No eres más que un ganapan!»
—«Es verdad, por Belcebú,—
gritó Juan;—de ello me ufano:
gana-pan soy, pues lo gano;
por eso no lo eres tú.

LA MENDIGA

Ave arrancada del caliente nido
tendió sus alas y con torpe vuelo
sin rumbo fijo se lanzó al espacio
exhalando gorgoros.
Donde encuentra un rosal allí se para,
sombra buscando en su flexible toldo,
y á refresca sus plumas se detiene
donde encuentra un arroyo,
De envidias y rencores nada sabe,
ni le importan la gloria y las riquezas;
mientras, luz no le falte, ni aire libre,
quién hay más feliz que ella?
Vomite el mónstruo de la guerra estragos,
brote la sangre y el cañon retumbe;
solo le apena de la lid, que el humo
la luz del sol le anuble.
Al son de la morisca pandereta
cual ruiñón canoro el mundo corre,
y es el mundo su patria, y sus hermanos
son pájaros y flores.
Jamás el sueño le enturbió un mañana,
jamás su pecho lastimó un recuerdo;
sólo para ella es vida lo presente,
y su presente es bello.
¿De dó vino? ¿á dó vá? cuál es la suerte
que Dios le señaló sobre la tierra?
del cielo de inocencia en que fulgura
cómo caerá la estrella?
Con immaculada veste irá á la altura?
ó, flor tronchada caerá entre el fango?
quién sabe si la linda mariposa
será arcángel ó diablo?
En tanto alegre en su pereza canta,
la hermosa niña sin saber de penas:
¡ay pobre ave, si volando rompe
tus alas la tormenta!

JUAN DE SOLÍS.

NUESTRAS LÁMINAS

LA MARINERA

En la chalupa de que es patrón esta linda marinera, ¡cuántos se
embarcarían! Sólo arredra el temor de naufragar, porque sería muy
fácil con tan dulce compañía perder la cabeza y dar un vuelco:
como que viéndola solamente en tierra firme, ya marea. ¡Pero lo
que es ganas de embarcarse uno, si que las dá!

LA MENDIGA

Véase la poesía.

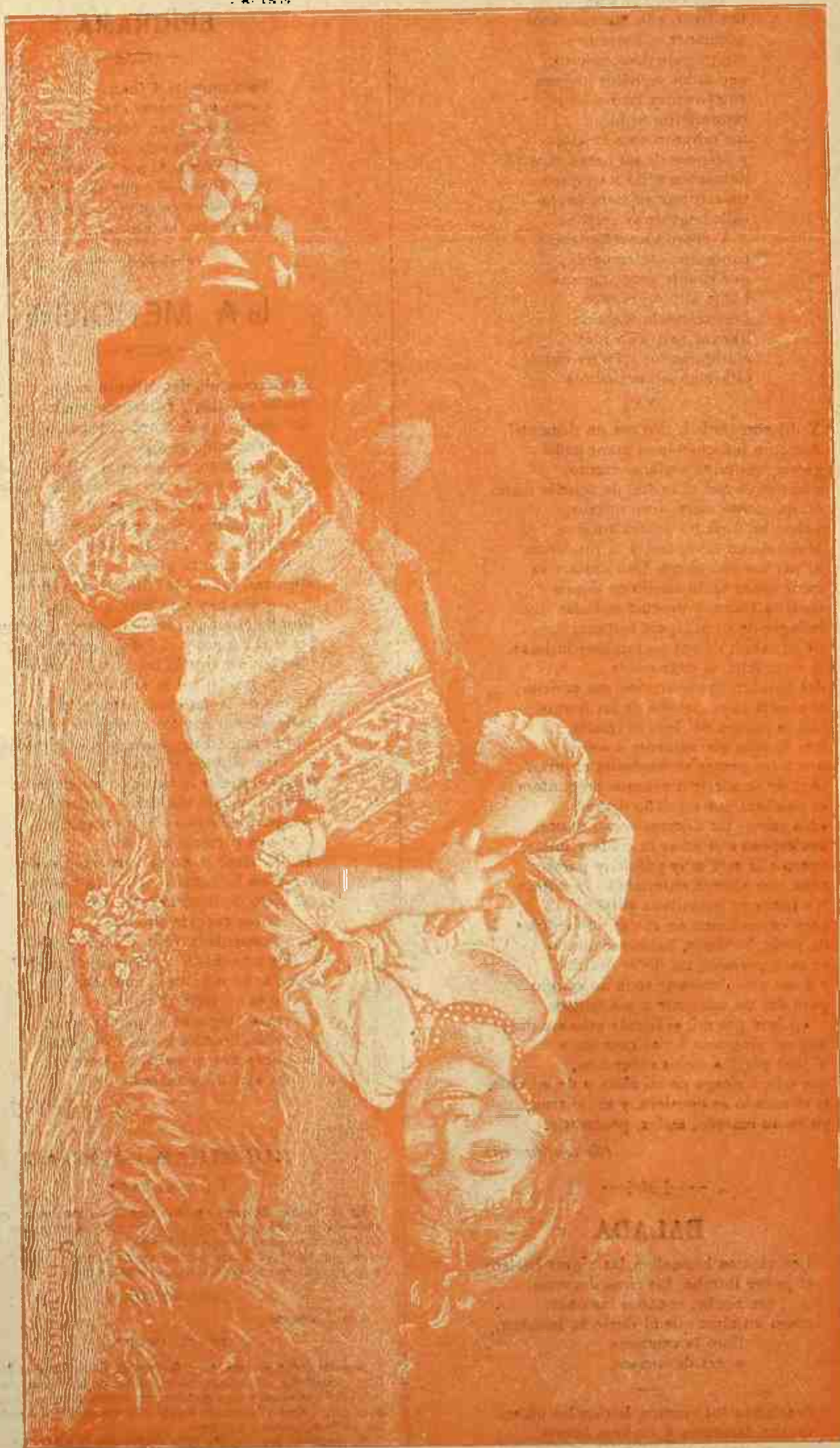
EN EL CORRAL

Nuestra joven no está muy favorecida de la fortuna: hija de pa-
dres jornaleros, ella misma ha de cuidar de las faenas caseras, así
como del corral muy bien provisto, verdadero recurso de la familia,
pues en los días de mercado ha de llevar á vender los productos de
las gallinas, pavos y palomos.

No obstante esto: ¿quién más alegre que la niña? Los animales
son de ella queridos, y apenas aparece en la puerta del corral, to-
dos se le precipitan, en busca del alimento, de una frase cariñosa ó
de una caricia.

Imp. DELCLÓS y BOSCH, Sta. Monica, 2, Pasaje

La Mendiga



Es
y la
Nava
A lo
puñe
miga
sa a
de S
ias v
con s
vidia
buen
habie

La
que d
ci, en
del d
Etam
Paitia
meno
astuta
guerra
zas en
Franc
de aq
histor
en 13

Un
llama
duña
con to
su esp
fue el
en su
Roch
edad
tos at
Lo
Nino
lebre
le pro

Na
Holst
duque
rios, y
subio
dro II
natar
na y
ción t
cultura
mient
ción
critor
sus o
llena
de 17

Des
1542
Escoc
su ma
Franc
Habie
contra
aflan
bieron
con se
Oyena
rado o
corte
patias
Su riv
tribun
dies y
corte

De
en 17
llama
soste o
de sus
cuand
el en
siguie
le era
titulo
ticame
enalt
Des
en 176

MARGARITA DE FRANCIA

Esta princesa, á quien sus contemporáneos llamaban «Margot», y la posteridad conoce con el nombre de «Reina Margarita de Navarra», fue hija de Enrique II, naciendo en París el año 1562. A los 20 años casóse con el príncipe de Beara, que más tarde empuñó el cetro de Francia con el nombre de Enrique IV. Por los mismos días en que se celebraron sus bodas, tuvo lugar la espantosa matanza de los hugonotes, conocida con el nombre de «Noche de San Bartolomé», habiendo sido señalada Margarita como una de las víctimas que debían ser inmoladas. Vivió en continua disidencia con su esposo. Separóse de Enrique, y rodeada de una fama no envidiable y colmada de deudas, se avino al divorcio mediante una buena pensión. A pesar de su disipación tenía sumo gusto literario, habiendo escrito algunas obras no despreciables.

CATALINA DE MÉDICIS

La esposa de Enrique II de Francia, hija única de Lorenzo, duque de Urbino, y sobrina del Papa Clemente VII, nació en Florencia en 1519. Casóse en Marsella en 1533. Fue tan maestra en el arte del disimulo, que supo vivir en buena armonía con la duquesa de Etampes querida de su suegro, el rey Francisco I, y con Diana de Poitiers, manceba de su esposo. Falleció Enrique II dejando en la menor edad á su heredero Carlos IX, y la regencia del reino á la astuta Catalina. Con su hábil política mantuvo constantemente en guerra á las casas de Borbón y de Lorena, logrando que se destruyesen en estos poderosos rivales que hacían sombra á la corona de Francia. Dueña de la voluntad de su hijo, ella fué la inspiradora de aquella horrible matanza de protestantes que se conoce en la historia con el nombre de «Noche de San Bartolomé». Murió en 1589.

NINON DE LENCLOS

Una de las más famosas bellezas ha sido la de Ana de Lenclos, llamada Ninon, nacida en 1616 en París. Huérfana á los 15 años, dueña de su destino, y con una fortuna de 10.000 libras, se entregó con todo el ardor de su alma á ilustrar su talento y á perfeccionar su espíritu. Tantos eran los encantos que la rodeaban, que su casa fué el punto de reunión de las eminencias parisienses. Inconstante en sus amores tuvo por adoradores á Coligny, Conté, Sevigné, Rochefoucauld, Scarron, Molière, Fontanelle, etc., etc. Murió á la edad de 90 años, habiendo conservado hasta el fin de su vida tantos atractivos que todavía inspiró más de una pasión violenta.

Lo que ha contribuido sobremedera a perpetuar el nombre de Ninon, son las anécdotas y frases que de ella nos quedan y sus célebres cartas, salvadas la mayor parte del olvido por Voltaire, que le profesaba admiración y respeto.

CATALINA II DE RUSIA

Nació en Stettin en 1729. Casóse en 1745 con Carlos, duque de Holstein, sobrino de la emperatriz Isabel. El carácter salvaje del duque, inclinó á Catalina á buscar distracción en los estudios serios, y en algunas galantes aventuras. Muerta la emperatriz Isabel, subió el duque de Holstein al trono ruso, con el nombre de Pedro III. No tardó en enagenarse las simpatías de los grandes dignatarios, que formaron una conspiración, en la que perdió la corona y la vida. Entonces fué proclamada Catalina, cuya consagración tuvo lugar en Moscú en 1762. Dió grande impulso á la agricultura, á la industria, á la marina. Fundó numerosos establecimientos de beneficencia; introdujo notables reformas en la legislación. Fué árbitra de Polonia; derrotó la Turquía; los filósofos y escritores más eminentes de Europa buscaron su amistad; y los reyes sus consejos. Después de un brillante reinado y de una vida llena de originalísimos sucesos, murió en 17 de Noviembre de 1796, dejando escritas varias obras.

MARÍA ESTUARDO

Desdichadísima princesa nacida en el castillo de Linlithgow en 1542. Sucedió desde la cuna á su padre Jacobo V en el trono de Escocia. Tenía cinco años cuando Enrique VIII de Inglaterra pidió su mano para su heredero Eduardo, pero contrajo esponsales con Francisco II de Francia con quien se casó á la edad de 16 años. Habiendo quedado vacante la corona de Inglaterra, la pretendió contra la soberbia Isabel que la detentaba con menos derechos. Desafiando una peligrosa travesía se dirigió á Escocia, donde la recibieron sus súbditos con transportes de entusiasmo. Viuda ya, casóse con su primo Enrique Daruley, el más hermoso joven del reino. Oyendo consejos de oscuros intrigantes, fomentando con su exagerado celo católico los rencores de los calvinistas, y perturbando la corte con sus galanterías con el músico Rizzio, se enagenó las simpatías de poderosos nobles, y fué á buscar un asilo en Inglaterra. Su rival Isabel la encarceló, y dispuso las cosas de suerte, que un tribunal vendido á su influencia la sentenció á muerte después de diez y ocho años de cautiverio. En 18 Febrero de 1587 el verdugo cortó la cabeza más hermosa de su tiempo.

MARQUESA DE POMPADOUR

De un carníceros de los Inválidos, malversador de fondos, nació en 1722 esta dama, que por su hermosura y talento, después de llamarse Juana Poisson, llegó á ser marquesa de Pompadour. Casóse con el sobrino de un general, pero llena de ambición y segura de sus gracias, encontró medio de que la viese el lascivo Luis XV, cuando acababa de morir la duquesa de Chateauroux; habló con él en un baile que se dió en el Hotel de Ville; á esta conversación siguieron otras más íntimas, y pronto se convenció el rey de que no le era posible vivir sin su nueva querida. Tuvo habitación en palacio, título nobiliario y una pensión de 240.000 francos. Gobernó despóticamente la voluntad del soberano, pero su influencia sirvió para enaltecer los sabios y escritores y abatir á los jesuitas.

Después de veinte años de favoritismo, murió en Versalles en 1764.

ARQUIMEDES

Este notable matemático vió la luz en Siracusa en el siglo III antes de J. C. Como pariente del monarca Ibieron, tomó partido contra las tropas romanas, que, mandadas por el cónsul Marcelo, sitiaron la ciudad y consiguieron abrasar la primera flota por medio de los espejos «ustorios», que eran una especie de enormes lentes convergentes que reunían en un solo punto ó foco muchos haces de luz solar. Estando en el baño, logró descubrir una fórmula, merced á la cual pudo precisar la liga de plata que en una corona real, que hubiera debido ser toda de oro, había puesto el artífice, y entusiasmado con su descubrimiento salió en cueros por las calles, gritando: «¡Eureka!» «¡Eureka!» es decir: «¡Lo encontré!» «¡Lo encontré!» El cónsul Marcelo tomó al fin á Siracusa, y uno de sus soldados dió muerte al famoso matemático, no obstante de rogarle éste que le dejase acabar la resolución de un problema.

GALILEO

El inventor de los termómetros, de los telescopios y del compás militar, nació en Pisa en 1564 y murió en 1642. Recibió una educación esmerada, comenzando el estudio de la medicina, que dejó por el de las matemáticas, en las que hizo notables progresos, demostrándolo, no solo con los descubrimientos citados, sino también con los de las leyes que rigen el movimiento oscilatorio y la caída de los cuerpos, y construyendo varias máquinas. Nombrado catedrático de matemáticas vitalicio por el Senado de Venecia, renunció al cargo y pasó á Florencia, á instancias del gran duque de Toscana, comenzando entonces sus persecuciones por la inquisición, que consideró herética su teoría sobre el movimiento de la tierra. El ilustre sabio, que contaba más de setenta años, tras larga prisión, y obligado á retractarse, lanzó la exclamación célebre: «Y sin embargo se mueve», sosteniendo así las doctrinas de Copérnico.

WATT

Nació en 1736 en Greenock (Escocia). En 1754 le enviaron á Londres, colocándole de aprendiz en casa de un hábil fabricante de instrumentos matemáticos, de cuya casa hubo de salir por falta de salud. Luego entró en la Universidad de Glasgow, que le nombró su fabricante de instrumentos de matemáticas, cargo que ejerció muchos años. Se ha supuesto que viendo hervir el agua de una caldera, y observando cómo se levantaba la tapa de ésta, inventó la máquina de vapor; pero es lo cierto que su verdadero mérito consiste en haber ideado importantísimas mejoras en la máquina de vapor inventada ya por Newcomen y Crawley, y entre ellas el «Condensador», que aun hoy se usa.

Murió en 1815, á los 84 años de edad, disfrutando grandes riquezas y la consideración general por sus inventos.

JULIAN GAYARRE

Nació en Pamplona de una humilde familia, y en su niñez desempeñó él mismo el oficio de herrero, del cual le sacó su vocación artística; fué alumno del Conservatorio de Madrid y discípulo del maestro D. Lázaro Puig, marchando luego á Italia á concluir sus estudios. En 1870 se presentó á cantar en Milan en el teatro de Lazzaro, y nadie entonces hubiera adivinado en él, no por falta de voz, sino por escasez de arte, á la emulencia lírica a quien nadie disputa ya el diotado de primer tenor del mundo.

España puede estar orgullosa de tener un hijo que como artista y como caballero la honra tanto como Julián Gayarre, el sublime intérprete de Fernando, de Vasco, de Fausto y de Genaro, al mismo tiempo, que noble protector del país navarro.

GONZALO DE CÓRDOBA

«El Gran Capitán», el vencedor de los franceses en Cerinola y Garcillano y otros mil combates, el que ganó á la corona de España cien ciudades y un reino floreciente, nació en Montilla, pueblo inmediato á Córdoba en 1453. Dedicado desde niño á la carrera de la milicia, en España, en Francia, en Nápoles, en todas partes, llevó consigo la victoria, lo cual no impidió que Fernando el Católico, no obstante la nunca desmentida lealtad de Gonzalo, le mirase con temor y envidia y le pidiese la cuenta de las sumas que había recibido. Gonzalo presentó «las cuentas del Gran Capitán», que comenzaban: «200.736 ducados y nueve reales en fraile, monjas y pobres para que rogasen á Dios por la prosperidad de las armas del Rey—700.494 ducados en espías» y acababan con una suma por la paciencia de sufrir que el Rey le pidiese cuentas. Víctima del enojo real, murió desterrado en Granada en Diciembre de 1515.

LESSEPS

Fernando Lesseps es uno de los hombres ilustres de quienes Francia puede estar más orgullosa, pues parece llamado por misión providencial á verificar una revolución en el mapa-mundi. Después de haber perforado el istmo de Suez, obra gigantesca admiración de nuestro siglo y que tan grandes resultados ha producido al comercio de ambos mundos, se halla actualmente empeñado en otra empresa no menos colosal, la de convertir en canal el istmo de Panamá, que une las dos Américas, del norte y del sur, y proyecta otra obra de resultados tan secundos como las dos enunciadas: la de convertir el desierto de Sahara en mar interior que facilite las comunicaciones y evite los peligros que ofrece aquella inmensa superficie arenosa para las caravanas que hoy se arriesgan á atravesarla.

